y descienden; caen, despiertan, vuelven a caer
en el sueño corsario, en el impasible paraguas
o paracaídas de una medusa milenaria con ojos de hábito.
Descienden, caen, vuelven a caer
hacia la nada.
Una ola pasa arrancando restos de piratas
hacia la nada,
perfumes de azucenas consagradas al sarcófago de Cleopatra
hacia la nada,
y el faraón desciende de sus vendas
hacia la nada,
de su Libro de la Vida de su Libro de la Muerte hacia el valle
de la Nada
donde nada se detiene sino que sigue cayendo
a través del astro insondable de un plano de donde parten los sueños.
La infancia, las alas que uno lleva de niño,
la esperanza de la escuela, la pequeña alegría de un día
escrita en el libro de caligrafía como una golondrina
y las piedras tiradas al barco en el charco.
Y la primera ceniza marchita
de los años que se pierden, de los trajes que se gastan
con el concurso del tiempo en el Impalpable Imposible.

7

Oye la música que un día la necesitas
para hacer un día perfecto. El servicio
que nos presta a todos los seres
una sóla corchea en su viudez negra
y la sonrisa de marfíl del piano o el nervio
delicado y sensitivo del violín.
El piano y el violín son mis preferidos.
Toca esta vez a Chopin y a los románticos
como en las mesas de París o el malecón

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Deucalión. #9, 3/1953.